

ciendo nosotros de pruebas, sin mas dato que tus sospechas.....

—Ante todo, lo que importa es buscar á Esperanza.

—Eso es lo primero. Vamos.

—Vamos.

Don Leonel se ciñó su espada, se enganchó una daga y dos pistoletes en el cinto, y cubriéndose con su ferreruelo, salió calándose hasta las cejas un sombrero negro, seguido de Martin.

—¿Adónde vamos primero?—preguntó.

—A mi casa—contestó Martin.

Y echaron á andar.

XXIII.

En el que resulta lo que menos podia esperarse.

Don Leonel y Martin anduvieron en vano toda la noche; nadie les daba la menor noticia, y como no conocian siquiera las señas del carruaje, sus preguntas y sus pesquisas eran mas vagas.

Cansados, desesperados, sin saber qué hacer, regresaron muy cerca de la madrugada á la casa de Garatuza.

La muda dormia, y los que la asistian dijeron á Martin que se habia sentido muy aliviada.

Don Leonel se paseaba en la sala de la casa, sin querer acostarse en la cama que le habia hecho disponer Martin.

—Descansad aunque sea un rato—dijo Garatuza;—mañana quizá encontraremos algun indicio.

—Está esto tan oscuro, que me parece imposible averiguar nada; á menos que una feliz casualidad nos dé el hilo de este ovillo.

—Creo que si pudiérais hablar con Don Alonso de Rivera ó con Doña Catalina, tal vez alcanzaríais algo.

—Sí; al menos descubriría yo en sus semblantes si son ó no culpables.

—Lo cual era ya mucho avanzar.

—Dices bien; mañana prometo ir á verlos.

—Pues para estar mejor dispuesto, descansad.

Don Leonel consintió en recostarse un rato sin desnudarse; pero era jóven, estaba cansado, y á poco dormía profundamente.

Eran las diez de la mañana del siguiente dia, y Don Leonel aun no despertaba, cuando Garatuza llegó al lado de su cama y le movió.

—¿Qué hay?—preguntó el jóven levantándose azorado.

—Dispensad que me haya atrevido á despertaros, pero importa.

—Has hecho bien, porque he dormido como si no tuviera alma que salvar. ¿Qué hora es?

—Las diez.

—¿Las diez? y yo queria ir á la casa de Doña Catalina. Vamos, que se hace tarde.

—No es necesario ya que vayais.

—¿Cómo, por qué?

—Ella está aquí.

—¿Está aquí?

—Sí, en la sala esperándoos; he hablado con ella, y le he dicho que vos deseábais tener con ella una conferencia.

—Bien, vamos. ¿Qué clase de mujer es esa?

—Una jóven hermosísima.

Don Leonel, á pesar de su amor por su prima, se compuso instintivamente el peinado y arregló su gola y sus puños. Aquello de ir á tener una conferencia con una mujer así, era negocio serio para un soldado jóven.

Doña Catalina, vestida de luto y sencillamente adorna-

da, estaba encantadora; la blancura de su rostro y de sus brazos y el brillo apacible de sus ojos, hubieran impresionado al corazón mas frío.

Catalina no solo era hermosa, sino que conocia el arte de seducir, y en medio de la dulzura de sus miradas, sabia encontrar algunas veces un rayo de luz, de fuego y de pasión, con que cegaba al que la miraba una vez siquiera con afición.

Catalina era una mujer peligrosa; pero Don Leonel, á pesar suyo, salia prevenido contra ella.

Don Alonso de Rivera acompañaba á la dama.

Cuando Don Leonel se presentó, Don Alonso y Doña Catalina se pararon á recibirle, y el jóven se adelantó ligeramente para saludarlos.

—¡Hermosa mujer!—pensó Don Leonel, y en su lenguaje de soldado agregó tambien interiormente:—moza de rey.

—Señora—dijo Don Leonel para dar algun giro á la conversacion—pensaba tener el honor de presentarme hoy en vuestra casa.

—Hubiera sido tanta honra para mí, que ya siento el haber venido, por no tener esa satisfaccion; pero me lisonjeo, caballero, de que esto no será un obstáculo para que cumplais vuestro propósito.

—Dependerá, señora, mas que de mis deseos y de vuestra bondad, del resultado que tenga esta conversacion.

—Mis deseos me dicen que será favorable, y debo comenzar por deciros que nuestra visita tenia por objeto avisar á Doña Esperanza que la casa de su padre está en disposicion para que ella la reciba.

—¿Entonces ignorais lo que ha pasado aquí?—preguntó Don Leonel, clavando en Catalina una mirada tan fija é indagadora, que podia pasar por insolente.

—Todo lo ignoro—contestó con inocencia Catalina, resistiendo sin inmutarse la mirada de Don Leonel.

—¿De veras lo ignorais?

—Os lo aseguro, caballero.

—Pues anoche—dijo Leonel acentuando intencionalmente sus palabras—ha sido robada mi prima Doña Esperanza.

—¡Robada!—exclamaron Don Alonso y Catalina, con un asombro admirablemente fingido.—¿Robada? ¿y por quién?

—Lo ignoramos, aunque es casi seguro que se descubrirá, porque hago pesquisas muy activas.

—¡Ay, caballero!—dijo Doña Catalina enternecida y casi llorando—esta es una desgracia muy grande, es una infamia: apenas conocí á Doña Esperanza, pero me interesó sobremanera; yo os suplico que en cuanto podais creerme útil, en cuanto pueda servirlos, conteis conmigo; mi mayor felicidad seria contribuir en algo á la salvacion de Doña Esperanza: pobre jóven! tan bella, tan amable.

Habia en el lenguaje de Doña Catalina tal expresion de sentimiento, tanta exaltacion, que Don Leonel comenzó á suponer que estaba inocente, y de la suposicion primera pasó despues á la mas profunda conviccion.

Por otra parte, Catalina era tan bella, estaba tan interesante, tenia tal gracia, tal atractivo, que el jóven se iba sintiendo fascinado.

—Esta mujer no puede ser culpable—exclamaba en su interior;—la maldad se descubre en el semblante, el crimen nos vende; esta mujer es inocente.

—Caballero—continuó Catalina con la mayor naturalidad—en estos momentos, y supuesto lo que nos acabais de referir, creo que es una imprudencia por nuestra parte prolongar una visita que ya carece de objeto absolutamente; os

suplico que nos permitais retirarnos, y que ya que vos personalmente no podais, porque seria mucho exigir, enviéis á alguno de vuestros lacayos para que sepa yo lo que se adelanta en una averiguacion que es tan interesante para mí.

Y Doña Catalina se levantó, tendiendo á Don Leonel una mano preciosa, cubierta con un perfumado guante de seda negro.

El jóven tomó la punta de los dedos de aquella mano, y se inclinó hasta tocar el guante con sus labios respetuosamente.

—Señora—contestó—me tendré por muy honrado con que me permitais ir personalmente á dar cuenta de lo que se adelante en el negocio de mi prima.

—Gracias, y os tomo la palabra.

Don Leonel ofreció su mano á Catalina y la condujo hasta el estribo de la carroza que la esperaba en el zaguan. Don Alonso los habia seguido en silencio.

—Subieron al carruaje, y todavía al partir éste, Don Leonel vió una hermosa cabeza y luego una manecita que le decian adios.

—Confesad—decia Don Alonso á Catalina—que ese jóven os ha parecido muy de vuestro gusto.

—No puedo negároslo.

—¿Y qué, estaríais contenta con un nuevo triunfo?

—Estaré, porque lo creo ya seguro.

—Es una bonita conquista.

—Sin contar con que teniendo de mi lado á ese jóven, todas las pesquisas que se hagan para buscar á Doña Esperanza, además de ser enteramente inútiles, las sabremos nosotros.

—Es cierto; lo que importa es que ese jóven no se escape.

—Y no se escapará; le vereis quizá esta misma tarde en nuestra casa.

—Ojalá.

—Es indudable; cuidad de dejarme sola con él; lo demás corre de mi cuenta.

Don Leonel subía las escaleras completamente preocupado.

—Me avergüenzo de lo que voy pensando—decía—pero esta mujer me interesa mas que Doña Esperanza, pobre prima mia; me parece que vale mas: qué, ¿seria yo capaz de amarla mas? Quién sabe; quizá ella tenia razon al decir que todos habian sido juegos de niños: en todo caso, ella tendrá la culpa, porque ella inventó esa frase de juegos de niños.

Garatuza esperaba á Don Leonel en el corredor.

—Ya estareis satisfecho—le dijo—de que tenia yo razon.

—¿En qué?

—En deciros que estos son los autores del rapto.

—Por el contrario, Martin, mas seguro estoy ahora que nunca, de que esa dama es inocente.

—Don Leonel, ¿es posible!

—Tan posible, que te suplico que si quieres contar con mi cariño, no vuelvas á infamar así á esa mujer.

—¿A pesar de los datos que tengo?

—A pesar de todo.

—¿Pero así cortais el hilo principal de la averiguacion?

—Así me opongo á que se manche á una mujer que no lo merece.

—Don Leonel, no os conozco; ¿tan pronto habeis cambiado?.....

—Martin, hablemos de otra cosa, porque me exalta esa prevencion injusta.

Garatuza abría los ojos espantado, y no sabia lo que estaba pasando: Don Leonel se volvia ciego partidario de Doña Catalina.

—¿Qué cierto es—pensaba Martin—que la sangre habla! Don Leonel ignora que esta mujer es hija de su mismo padre, y sin embargo, siente por ella una rara simpatía: ¿qué tal si se lo hubiera yo confesado? perderia completamente la esperanza de que me ayudara.

—Pues hablemos de otra cosa—agregó en voz alta.—¿Quereis almorzar?

—No; voy á mi casa, y procuraré averiguar en el resto del día algo respecto de mi prima: haz tú otro tanto, y esta noche te espero.

—¿A qué hora?

—A las diez.

—Iré.

Don Leonel tomó su sombrero y se salió, distraido y pensando mas en Catalina que en la suerte de Doña Esperanza.

Garatuza le vió salir, y dijo tristemente:

—He aquí un obstáculo en el que yo no habia pensado, y que era natural que apareciese: en fin, fuerza será resignarme y trabajar solo, porque no hay otro remedio: quiera Dios y esto no pare en que Don Leonel tome contra mí el partido de Don Alonso. ¡Pobre Doña Esperanza!

Eran las cuatro de la tarde del mismo día, y Doña Catalina estaba en una de las habitaciones de la casa de Don Pedro, cuando la puerta se abrió y se presentó Don Alonso.

—Por mi fe, hermosa—dijo—que teneis tanto talento como hermosura.

—¿A qué viene ahora esa flor?—dijo la jóven.

—Para probaros que me declaro vencido.

—¿En qué?

—En lo que me deciais esta mañana respecto á Don Leonel.

—¿Está ahí?—dijo Catalina poniéndose visiblemente encarnada.

—Sí, y espera vuestro permiso para entrar, el que supongo que no le negareis.

—De ningun modo; decidle que pase.

—Ya me lo suponía yo.

Don Alonso salió, y Doña Catalina aprovechó el momento para componerse y tomar una postura elegante. Comenzaba ella también á interesarse por Don Leonel, á pesar de que procuraba aparentar con Don Alonso que solo era el interés el que la movía.

Don Leonel entró, pero Don Alonso no volvió. Seguía las instrucciones de la jóven.

—Sentaos, caballero—dijo ella;—aquí, cerca de mí, que me siento muy satisfecha de este honor y de vuestra exactitud.

—Señora—dijo el jóven—no cumplo solo con lo que se debe á una dama de tal condicion, sino que es para mí un placer que hubiera procurado.

—¿Y qué noticias hay de vuestra prima?—dijo la dama, fingiendo que quería dar otro sesgo á la conversacion.

—Ningunas, señora, ningunas; estoy desesperado.

—Lo creo, porque segun dicen, y perdonad mi indiscrecion, esa niña era la dama de vuestros pensamientos.

Leonel se sintió ruborizar, pero comprendió que era un momento que debía aprovecharse.

—Lo fué, señora, lo fué.

—¿Cómo lo fué? ¿no lo es aún por ventura?

—Señora, yo mismo no me lo sabré explicar, pero.....

—Seríais un ingrato, Don Leonel, porque es una jóven muy hermosa, y segun dicen, tan buena, que no creo que os haya dado motivo.....

Catalina nada sabia de los amores de Don Leonel y de Esperanza, pero se los suponía; y además, como mujer de mundo, comprendió que este era el medio que podía llevar al jóven hasta donde ella quería; era iniciar el combate, abrir una brecha.

—Pasan, señora—dijo el jóven—ciertas cosas inexplicables en el corazon, y el corazon no se manda.

—¿Cómo no se manda? yo mando al mio.

—Entonces sois muy feliz.

—Sí, ciertamente lo soy.

—Os envidio.

—¿Vos no mandais en el vuestro?

—No señora; ¡ojalá y mandase! Me veo en una pendiente, siento que mi corazon me arrastra al abismo, á la desgracia.

—¡Jesus! detenedle.

—Es imposible.

—¿Imposible?

—Sí, señora; ¿vos no habeis amado nunca?

—La pregunta es tan intempestiva, que casi no sé ni qué contestaros, porque creo que yo misma no me la he hecho nunca; pero antes, á mi vez, quiero preguntaros yo ¿á qué llamais amor?

—¡Amor, señora!—contestó Leonel exaltándose gradualmente;—amor es un sentimiento inexplicable pero irresistible, que lleva nuestra vida, nuestro espíritu, nuestro ser, á unirse con otro ser que no era el nuestro, pero que viene á identificarse con nosotros; es ardiente sed de ver, de oír, de acercarse al objeto de nuestras ansias; es locura que trastorna nuestra inteligencia, vínculo de acero á nuestra voluntad: amor, señora, no sé deciros qué será, sino el cambio completo de nuestra naturaleza; amor es el constante

tránsito del paraíso al infierno y del infierno al paraíso, es el inmenso goce en que se halla el inmenso dolor, es el infinito dolor que hace gozar, es el deseo de la muerte en la vida y la esperanza de la vida en la muerte; es la lucha de Dios y de Satanás en el alma de un hombre, que ni la explica el que la siente, ni la comprende el que no la ha sentido nunca.

Catalina con los ojos húmedos y brillantes de entusiasmo, seguía la creciente excitación del joven; sus mejillas se encendían y palidecían alternativamente, su seno se agitaba y su respiración se hacía casi fatigosa.

—¡Oh!—exclamó—ese amor así, nunca, nunca le he sentido, mi corazón no ha experimentado jamás esas emociones, os lo aseguro, y no sé si las desee ó las tema.

—Podreis temerlas, señora, porque aun no las habeis comprendido, porque no sabeis lo que es vivir de una mirada, porque no sabeis cómo se estremece el corazón, cómo circula fuego por todo nuestro cuerpo, cómo se enciende el alma al sentir siquiera el roce del vestido de la persona que se ama, porque no podeis aún alcanzar cuánta dulzura, qué melodía angelical encierran esas palabras de amor y de pasión que una boca amada murmura en nuestro oído; porque no sabeis cómo embriaga el aliento que sale del pecho que palpita por nosotros.....

—¡Oh! debe ser muy hermoso ser amada así.

—Señora, tan hermoso es ese amor, que si los ángeles pudieran, bajarían al mundo para gozar de él; tan hermoso, señora, que Dios mismo abre las puertas de su Paraíso al que le ama con ese fuego, con ese fuego que arde sin consumir, y que ciega nuestra razón á todo lo que no es la mujer que amamos.

—Don Leonel, ¿y vos sois capaz de amar así?

—Señora, si no lo fuese ¿podría yo pintaros así el amor? ¿creéis que el que no es capaz de sentir puede hacernos sentir algo con la verdad de la palabra?

—Debe ser muy feliz la mujer á quien amais.

—Doña Catalina, no basta tener el corazón ardiente, no basta sentir y comprender el amor; es necesario que la mujer á quien se ama, le sienta, le comprenda también; que despierte en nosotros esta pasión, que explote el venero inagotable de ternura y de amor que encierra el alma; es fuerza que ame como es amada, porque de lo contrario, la llama, por ardiente que sea, se extingue, la fuente copiosa se seca, las ilusiones más floridas se marchitan.

—Jamás á un hombre le pasaría eso conmigo—dijo irreflexivamente Doña Catalina—porque yo comprendo ese amor, y porque yo me creo capaz de sentirlo y de inspirarlo.

—Dichoso mil veces el hombre que lo alcance, señora!—dijo Don Leonel.

—¿Y creéis que haya alguien que lo desee?

—Lo creo, lo juro.

—Pero ¿quién, quién pensará en mí, viuda, arruinada, pobre flor marchita y seca?

—¿Quién, señora? el mismo tal vez que rica y feliz no os hubiera dirigido siquiera la palabra, y para quien ni sois viuda, ni pobre, ni nada de eso, porque sois para él un ángel de virtud y de belleza.

—¡Don Leonel!

—Sí, Doña Catalina, para mí que no sé lo que me pasa desde que os he conocido, porque estoy apasionado, loco.

—Don Leonel, tened compasión de mí, porque me siento débil delante de vos, porque no podré resistiros.

—Doña Catalina, ¿sereis capaz de amarme?

—Don Leonel, no exijais tan pronto esa confesion, y menos en estos momentos de excitacion: idos, por favor, y mañana os contestaré, si venís por la respuesta.

—Pero.....

—Haced por mi amor lo que os digo.

Don Leonel, sin contestar, tomó violentamente su sombrero y salió.

XXIV.

En que vuelven á aparecer unos antiguos conocidos.

El marqués de Cerralvo y el visitador Carrillo no avanzaban mucho en la causa que seguían á los fautores del tumulto contra el marqués de Gelvez. Cada dia aparecian nuevas personas complicadas, y cada dia era mas profunda la conviccion de ambos de que nada podia hacerse, por la necesidad en que se estaba de castigar á todos los habitantes de la ciudad, ó de echar un velo sobre aquello.

Cuatro ó cinco infelices á quienes se habian podido probar que tenian parte en el robo del Palacio, habian sido ejecutados; pero estas ejecuciones habian pasado como tantas otras que se hacian constantemente en la ciudad, con ladrones y bandoleros.

Algo mas tenia inquietos los ánimos del virey y visitador: la sombría conspiracion de los oriollos, sobre la que á pesar de las denuncias de Don Baltasar de Salmeron, nada se descubria.

Habia rumores de que pronto se volveria el visitador á España, y de que se habia mandado llamar al arzobispo Don Juan Perez de la Cerna á la corte.

Don Baltasar seguía sirviendo al virey, y tenía ya, aunque secretamente, gran valimiento en el Palacio. Don Baltasar había visto salir en libertad á Don Leonel, veía tranquilo al Padre Alfonso, y tenía por cosa cierta que ellos y otros de los conjurados conocían su traición y tarde ó temprano querrian vengarse; y Don Baltasar tenía miedo, y su odio contra los hermanos Salazar era cada día mas grande.

Comunicó sus temores al visitador, y éste le prometió velar por él y además castigar secretamente al que se atreviese á ofenderle; pero esto no era bastante, y Don Baltazar espiaba en la sombra el momento oportuno para destruir á sus enemigos.

Apenas salía de su casa, y eso solo en las noches que iba á Palacio, pero tenía personas pagadas solo para darle noticias de lo que hacían Don Leonel y el Padre Alfonso. Por este medio supo que Don Leonel había estado de visita en la casa de la viuda de Don Pedro de Mejía.

—Es preciso—pensó—saber á qué va á esa casa. Quizá la viuda, que dicen que es jóven y bella, sea la heredera de Don Pedro, y Salazar intente hacer con ella un buen casamiento; necesito tener en esa casa uno ó dos criados de confianza.

Y aquella misma noche Don Baltasar contaba ya con dos criados de la casa de Doña Catalina, que se le habían vendido en cuerpo y alma.

El viejo se acostó con una alegría diabólica. Los criados le contaron que el jóven permaneció mucho tiempo hablando con la señora, y que salió con grandes señales de contento y de excitación.

—¡Oh, esto es soberbio!—dijo;—quizá por aquí caerá.

Preciso será confesar que Don Leonel pensaba menos á

cada vez en Doña Esperanza, y que Garatuza solo, no podía nada contra aquella liga que se iba formando entre la viuda y Don Leonel: declarar al jóven que ella y él eran hermanos, era afianzar mas aquellos vínculos, y Garatuza no estaba conforme en ello.

Todo el día pasó en inútiles averiguaciones; en la noche fué á la casa de Don Leonel, y con poca diferencia se repitió la escena de la mañana. Martin pensó entonces en ocurrir á los consejos de Teodoro y de Don César de Villaclara.

Sin perder tiempo se dirigió á la casa del negro, que le recibió con su habitual condescendencia.

—Vengo á tratar con vos un negocio—dijo Martin.

—Estoy como siempre á vuestras órdenes—contestó el negro.

—Quisiera haceros una consulta, pero desearia que estuviese presente nuestro amigo Don César, que es hombre de ciencia.

—Mas fácilmente no podía cumplirse vuestro deseo, porque Don César vive ahora en mi casa y está ahí.

—¿Está ahí?

—Sí, desde que se abrió el testamento de Mejía, que le hablásteis, abandonó aquella casa; cada día está mas triste y mas pensativo: sin embargo, le llamaremos.

—Si me haceis la gracia.....

El negro salió, y á poco volvió seguido de Don César, que no tenía ya el disfraz del pobre Lázaro, pero que daba señales de estar ó muy enfermo ó muy triste.

—Buenas noches, señor Don César—dijo Martin.

—¿Cómo te va, Martin?—contestó Don César.

—Os veo muy desmejorado.

—Es natural; mi vida ha sido mas de goces que de pa-

decimientos: estoy triste, muy triste; ¿qué puedo ya esperar en la vida?

—Don Pedro ha muerto, y vuestra venganza estará satisfecha.

—No, Martin; tengo tanta amargura en el fondo de mi corazón, que no creo que la muerte de Don Pedro se pueda tener como un castigo: Teodoro vió morir á Doña Blanca de Mejía, la hermana de Don Pedro, que era un ángel y una mártir, y podrá decirnos si hay comparacion entre una y otra muerte; el verdugo ha espirado como si hubiera sido un inocente.

—Es cierto—contestó Teodoro—otra cosa merecia Don Pedro.

—Os queda Don Alonso—dijo Martin.

—Es cierto, pero me he convencido que nada puede el hombre contra la voluntad de Dios, que no es la desgracia el patrimonio de los malvados, y que quizá la felicidad se hizo para los perversos: dejo á Don Alonso que siga la suerte que le depare el cielo.

—Sin embargo—insistió Garatuza—si hubiera en el mundo seres infelices, á quienes fuera preciso defender contra esos mismos perversos, ¿os negaríais á ayudarme?

—Seguramente que no.

—Pues bien, escuchad esta historia y dadme vuestro parecer.

Martin refirió sucintamente todo lo ocurrido con Doña Esperanza, y luego agregó:

—No hay ni modo de saber de esa jóven; ocurrir á la justicia sería lo mismo, porque si yo no he podido averiguar nada, menos podrán los golillas.

—¿Estais seguro de que el golpe fué dispuesto por Don Alonso y por Doña Catalina?—preguntó Don César.

—Juzgadlo vos—contestó Martin.

—La verdad es que aun cuando en el tiempo que viví en la casa no observé nada, creo que ellos deben ser, porque son capaces de todo.

—¿Y vos que conocéis bien la casa, no podeis indicarme un medio para averiguar algo por los criados?

—No; Don Alonso y Doña Catalina son tan reservados, que es indudable que nadie podrá mas que ellos saber nada.

—Pero deben haberse valido de algunas personas para cometer el delito, y con ellas era mas fácil.

—Id á adivinar quiénes serán esas personas; eso equivaldria á saberlo todo.

—¿Qué haremos?

—Me ocurre una idea—dijo Teodoro.

—Veamos.

—Robarnos á Don Alonso y hacerle confesar por medio del tormento.

—No es malo—dijo Don César.

—Pero otra cosa es mejor—dijo Garatuza.

—¿Qué?

—Que la robada sea Doña Catalina.

—Tambien—dijo Don César.

—O los dos—agregó Teodoro.

—Excelente!—exclamó Martin.

—Entonces—dijo el negro—fijémonos: se trata de robarnos á los dos, ó á él, ó á ella, como mejor se pueda, por supuesto lo mas pronto posible.

—Mañana mismo—dijo Martin.

—¿Pero los medios?

—Esta noche meditaremos el negocio, y mañana mismo nos reunimos otra vez.

—¿A qué hora?

—En la mañana y temprano, porque importa; ¿quién sabe lo que estará pasando Doña Esperanza?

—Pues hasta mañana—dijo Don César retirándose á su aposento.

Martin salió y se encaminó á su casa meditando el rapto de Catalina.

Martin no pudo dormir en toda la noche, meditando en sus planes, y muy temprano andaba ya en la calle, y casi sin intencion se encaminó á la casa de Teodoro.

El negro y Don César estaban ya levantados y hablaban en el jardin, por supuesto del mismo negocio.

—Hemos pensado—dijo Don César—si otra cosa mejor no discurrís, que Teodoro, que es el menos conocido de nosotros y el que no puede infundir sospechas, vaya hoy con cualquier pretexto á la casa de Doña Catalina, para explorar el terreno, y buscar algun criado de confianza entre los que yo le indico, que nos ayude, para ver si hoy mismo se da el golpe.

—Paréceme muy bien—contestó Martin;—vos y yo no podríamos entrar en casa de Don Pedro, y Teodoro, además de su natural inteligencia, no infundirá sospechas de ninguna clase.

—Iré—agregó Teodoro—y espero encontraros reunidos aquí á mi vuelta.

—¿A qué horas?—preguntó Martin.

—Supongo que será á las dos de la tarde.

—Muy bien; entonces no hay que perder tiempo.

.....
La noche misma en que Martin, Don César y Teodoro formaban el plan de robarse á Doña Catalina, en la casa de ésta se discutía sobre la suerte de Esperanza.

—Decidnos ya vuestro plan, señora—decía Don Alonso

de Rivera á la madre de Catalina;—creo que tiempo es ya de que le hayais meditado y de que lo sepamos.

—En verdad que os diré lo mejor que me he imaginado, y que dará sin duda el resultado apetecido.

—Veamos—dijo Catalina.

—Ante todo—continuó la vieja—contestadme con franqueza algunas preguntas. En primer lugar, Don Alonso, y tú, Catalina, me dirás: ¿es cierto que no os teneis amor, pues, amor así, de novios, y que en todo pensais menos en casaros el uno con la otra?

A pesar del cinismo de los dos interpelados, ni ella ni él se atrevian á contestar, y no hacian sino mirarse.

—Vamos, contestad, que me es importante saberlo—institió la vieja.

—Es cierto—dijo Catalina.

—Es verdad—contestó Don Alonso.

—Así se habla; adelante: pues no teniendo vosotros intencion de casaros—dijo—los dos estais libres para contraer un matrimonio.

—En efecto—dijo Don Alonso.

—Si nos conviene—dijo Catalina.

—Se entiende—replicó la vieja;—un matrimonio de conveniencia y hasta de necesidad para la compañía.

—¿Adónde vamos á parar?

—Paciencia, paciencia; de lo que se trata es de que la herencia de Don Pedro de Mejía no salga de vosotros, y que se divida entre vosotros por partes iguales, conforme á vuestro contrato, ¿es verdad?

—Es verdad.

—Pues bien; si Doña Esperanza casara con Don Alonso, la herencia quedaba entre vosotros y podia dividirse sin obstáculo. ¿Estais de acuerdo?